ROMANCES



ROMANCES

HISTÓRICOS MEXICANOS

DE

JOSÉ PEON Y CONTRERAS



MÉXICO

IMPRESOS POR DIAZ DE LEON Y WHITE
Calle de Lerdo número 2.

M.DCCC.LXXIII

LA RUINA DE AZCAPOZALCO

AL SEÑOR DON MANUEL PEREZ DE HERMIDA

ROMANCE I

Ixtlilxochitl.—El Proscrito.

Con aire grave y sombrío,
El entrecejo enarcado,
Descompuesta la mirada
Y el enjuto rostro pálido,
El rey de los tepanecas
Tezozomoc el tirano,
En un salon de su augusta
Morada de Azcapozalco,

De un extremo al otro extremo
Pasea sobresaltado,
Como herida fiera en torno
De su cubil solitario.

El esplendor de Tezcuco,
Su gloria, sus adelantos
En las artes, en la industria
Y en la ciencia de los astros,

En él la ambicion despiertan
De los honores y el mando,
Y al demonio de la envidia
Alberga en su pecho avaro.

Huye de su alma el sosiego,
A los mortales tan grato,
Y huye el sueño de sus ojos
Y de su hogar el descanso.

No olvida ni un solo instante
Que del gran Xolotl * es vástago,
Y de Acolhuacan el cetro
Regir debiera su mano.



* Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacan.

Como en tempestosa noche
Súbito brilla el relámpago,
Así brota en sus pupilas
De fulgor siniestro un rayo;
Y con un brusco y nervioso
Movimiento, el raudo paso
Detiene, se agita, duda,
Y la voz al fin alzando,
Llama á dos nobles caudillos
Que son de Otompan y Chalco
Señores, y así con ronco
Acento, hablóles airado:
—«Ya sabreis, nobles guerreros,
Súbditos mios y aliados,
Que Ixtlilxochitl Ome Tochtli,
Rey y Señor se ha jurado
En Huexotla, há pocos dias,
Del Imperio Tezcucano,
Haciendo á mi estirpe ultraje,
Mi derecho atropellando.
En los montes de Tlaxcallan
Y en sus valles acampado,
Con innumerables huestes
Amenaza mis estados.

Y como es fuerza se acaben
Tan funestos desacatos
Que amenguan de mi corona
El esplendor soberano,
Reunid á vuestros parciales,
Y con cautelosos pasos,
Llegad, cruzando las selvas,
Hasta el enemigo campo.
Allí, pedidle á Ixtlilxochitl
Una entrevista; el incauto,
Sin escolta, hasta vosotros
Se acercará temerario;
Mas antes que una palabra
Se desprenda de sus labios,
Entrambos de un solo golpe
Y sin compasion, matadlo.
Idos...... y tened presente
Que aquí la victoria aguardo;
Que el porvenir de mis reinos
Desde hoy queda en vuestras manos.»
Dice, y su adusto semblante
Se anima con un extraño
Gesto, que es dulce sonrisa,
Que es incomparable halago

Para aquellos dos magnates
Que, sumisos y temblando,
Salen de la régia cámara,
Donde al resplandor escaso
Del crepúsculo sombrío,
Torvo, mudo y cabizbajo,
En mil confusos proyectos
Quedóse el rey abismado.



Una tarde, cuando apenas
El sol con lánguidos rayos
Del Iztachihuatl doraba
Las cumbres desde el ocaso,
Ixtlilxochitl separóse
De sus gefes y soldados,
Que á parlamentar le invitan
Los del enemigo bando.
Él se aleja, el gozo inunda
Su altivo semblante franco,
Y sus indómitas huestes
Le ven partir sin cuidado.

¡Ay! ¡infeliz! no presume
Que los nobles emisarios
Que le esperan, sus verdugos
Han de ser en breve plazo.
No lo presume, y tranquilo
En su valor descansando,
Llega á los embajadores
Con andar sereno y tardo;
Mas antes que una palabra
Murmure el monarca, rápidos
Sobre él se arrojan, cual tigres,
El de Otompan y el de Chalco.
El rey se turba, no asombra
Ni hiela su alma el espanto;
Mas paraliza su brío
De aquella sorpresa el pasmo.
El golpe alevoso hiere
La regia frente, y del campo
De los acolhuas un grito
Se alzó llenando el espacio:
«Traicion, Tezcuco; á las armas»—
«Azcapozalco»— exclamaron
Los tepanecas, saliendo
De los bosques inmediatos;

Y á poco, al tender la noche
Su gigantesco sudario,
Tiñó la sangre á torrentes
La verde alfombra del llano.



Nada el valor ni el esfuerzo
Pueden, si el sino es contrario;
Y en tan espantoso dia,
Al perder los tezcucanos
Su sangre, su rey, su gloria
En aquel encuentro infausto,
De la esclavitud al peso
La altiva frente humillaron.



Nezahualcoyotl, el hijo
De Ixtlilxochitl, sin amparo,
De los traidores oculto
Entre el follaje de un árbol,

Contempló, con honda pena,
De su padre el sanguinario
Drama, y el fin desastroso
De sus valientes soldados.

Y al comprender su desdicha,
La impotencia de su brazo,
La injusticia de los dioses,
Y el poder de sus contrarios,

Desde el fondo de su pecho
Inundado por el llanto,
Jura exterminio y venganza
Al torpe rey, que arrojando

Al infortunio sus dias,
Ha deshecho en mil pedazos
El trono que sus mayores
En Acolhuacan fundaron.



El destino en las tinieblas
De sus profundos arcanos
Oculta, tal vez por siempre,
Del noble mancebo el astro.

Alegres huellan sus plantas
Las rosas de quince Mayos,
Y el sol de sus ilusiones
Aun no vislumbra su ocaso,
Cuando ya los bosques cruza
Huérfano y desheredado,
De amor y de paz hambriento
Y de desventuras harto.
Aquel que en selvas de flores
Miró deslizarse el carro
Donde la infancia abandona
Sus pasajeros encantos;
Aquel que en un régio alcázar
Tras mil ensueños dorados
Miró el oriente, la aurora
De los juveniles años,
Recorre, como las fieras,
Despavorido los campos,
Sin hogar ni mas consuelo
Que el amor de sus vasallos,
Hasta que de penas tantas
Y de tanta angustia al cabo,
Y merced á la exigencia
De los reyes mexicanos,

De quienes era el proscrito
Príncipe, pariente amado,
Tezozomoc le permite
Retornar con sus hermanos
A Tezcuco, emporio y norte
De sus lisongeros cálculos,
Dándole allí señoríos
Y de Cilam el palacio,
Donde entregado á las letras
Pasó dos lustros escasos,
De los negocios del mundo
Lejos y de sus engaños.



ROMANCE II

El Ensueño.

Tezozomoc en un lecho
Perennemente reposa,
Que el peso de la existencia
Sus flacos hombros encorva;
Sus fuerzas enerva y rinde;
Deslustra la brilladora
Pupila que en otros tiempos
Fué de sus pueblos antorcha;

El fuego que ardió en sus venas
Apaga, y hora por hora
El invierno de los años
Nieve en su frente amontona;
Nieve que no se deshace
Ni se derrite ni agota,
Que ni hay Abril ni Verano
Que su terso cristal rompa;
Y por eso entre algodones
Lo arrebujan y lo escoran,
Y á su corte se presenta
Como un fantasma, una mómia
Que desde el frio sepulcro
Dictando sus tenebrosas
Leyes, rige á sus vasallos
Y los tiraniza y doma.



Es ya de noche; una noche
Invernal y tempestosa;
Frio el viento, rebramando
De las regiones del bóreas,

Llega á estrellarse á las tapias
Reales, y en una alcoba
De su palacio, el tirano
Tezozomoc se sofoca,

Lejos de aquel delicioso
Sueño que su alma ambiciona,
Y perdido en los abismos
De pesadilla horrorosa.

Siente que un enorme peso
Su seno oprime y ahoga,
Y en una triste penumbra
Mira de pronto, aun mas lóbrega,

Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa
Que vuela al principio lenta
Del aire en las ténues ondas,

Y despues acrecentando
Sus flebes giros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertiginosa.

En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas......do quiera siguen
La carrera prodigiosa

De la voluble fantasma,
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del rey enturbia y disloca.
Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.
Al fin, la vision horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizon, y tiende
Sutiles y vaporosas
Sus luengas alas, que poco
A poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.
Empero, en el mismo instante,
Ve el rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresion pasmosa
Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas

Se incrustan, como engarzadas
En monton, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,
Que abrasadas, trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Sus corrientes bramadoras.
Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,
Una águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;
Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,
Y luego sobre él se lanza
Tan rápida como arroja
El arco la flecha aguda
Que el viento silvando corta.
El rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa

Respiracion, se horripila,
Y se contrae, y apoya
En una mano la frente
Por la cual heladas gotas
De sudor copioso, corren
Y ambas mejillas le mojan.
Y ve al águila ya cerca
Que retrocede, se encorva,
Y dando un revuelo, al cabo
Fiera sobre él se desploma,
Y en su ya desnudo seno
Enclava las garras corvas,
Hiende sus carnes, el pico
En sus entrañas ahonda,
Y hambrienta, insaciable, bebe
Y apura su sangre toda.
Entonces el rey despierta
Dando un grito agudo, torna
En redor los grandes ojos,
Y se palpa y tiembla y llora;
Llora de susto, y con voces
Que la muda estancia asordan,
Clama por su servidumbre
Que acude á su acento atónita.



Está en el regio aposento
Una anciana temblorosa,
Que habla con triste semblante
Y con lenta voz monótona.
Sus ojos, cual si quisieran
Penetrar las vagas sombras
Del porvenir, están fijos
Hácia adelante, y sus hoscas
Miradas prende en sus labios
El rey, que, con alma absorta,
No pierde una sola frase,
Y ni una sílaba sola.
—«Esa mariposa negra,
Sombría y aterradora,
Era el vengador espíritu
De Ixtlilxochitl que aun te acosa.
Las víctimas de los reyes
Ni en el sepulcro perdonan,
Y la paz del alma, dulce,
En este mundo les roban.

—Prosigue.....
—Aquella montaña
Gigantesca y portentosa,
Es tu trono, que enrojece
La sangre de tus victorias.
—¿Y aquellos cráneos horribles?
—De tu carrera despótica
Las víctimas inmoladas
Son, y en las cuales reposan
Las columnas de ese trono
Que te sostiene.....
—Y las olas
De aquel mar de fuego?
—El tiempo
Significan, que á espantosa
Nada tornarán bien pronto
Tu poderío y tu gloria.
—¿Y ese mónstruo sanguinario?
Murmuró el rey con voz ronca,
Llevando una mano fria
A su frente sudorosa.
—¿El águila?
—Sí, contesta.
—Te anuncia que vengadora

La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas.....
¡Le estoy mirando!
—A quién miras....!
—A él, al rey de los Acolhuas.
—¿Nezahualcoyotl?
—Al mismo;
Al águila poderosa
Que ha de saciar en tus reinos,
Su hambre, su ambicion, su cólera;
Que no ha de ver en sus dias,
Tardes, ni noches, ni auroras,
Y cuyo nombre famoso
Y grande será en la historia.
—«¡Mientes!» exclamó el monarca
Furioso; «sella tu boca»—
Ea, ¡llamad á los príncipes
Que quiero hablarles ahora!
«Sí, sí, que el traidor perezca,
Perezca su estirpe toda,
Y ni de su nombre quede
En mis dominios memoria.»

Dice el rey; sangrienta espuma
Entre sus labios borbota,
Y huye la bruja espantada
Por una salida próxima.



Ante el rey de Azcapozalco
Estaban, á pocas horas,
Tayatzin, Teuctzintli y Maytla,
Infantes de la corona.
Y á todos tres iracundo
Ordena que, sin demora,
Prendan al príncipe ilustre
Nezahualcoyotl, que pronta
Muerte le den sus secuaces
Donde quiera que le cojan,
Y ofrece un premio al que lleve
A cabo accion tan gloriosa.



Tezozomoc muy en breve
Pagó el tributo, que toda
La humanidad miserable
Debe á la tierra, y la fosa
Encerró con sus cenizas
Bajo una sombría bóveda,
La execracion de su pueblo,
Que aun despues de muerto le odia.
Nombró á Tayatzin su hijo
Por sucesor, quien provoca
Del primogénito Maxtla,
La indignacion envidiosa.
Es Maxtla, altivo, soberbio,
Y en su alma negra la sórdida
Avaricia de su padre
Se oculta devoradora.
De los reinos se apodera,
Con su maldad los agobia,
Y á Tayatzin con los suyos
En la impotencia abandona.
A Tayatzin, á quien poco
Despues la mano traidora
De unos esbirros, de Maxtla
Ante la augusta persona,

Y por su órden, le dan muerte,
Ciñendo á la poderosa
Frente del regio asesino,
Entre la espléndida pompa,
Y los vítores de un pueblo
Que ante el destino se postra,
De Azcapozalco y Tescuco
Las magníficas coronas.



Maxtla, libre de temores
En su majestad se goza,
Y con el poder se embriaga
Que ha adquirido á tanta costa.
Solo una nube atraviesa,
Como fatídica sombra,
Por el tranquilo horizonte
De sus venideras glorias;
Y esta sombra es el recuerdo
De un hombre, fuente do brotan
Sus pertinaces recelos
Y sus continuas zozobras.

Nezahualcoyotl, sombrío
Se le aparece, y trastorna
Los proyectos colosales
Que fragua su mente loca.
No olvida el sueño funesto
De Tezozomoc, y sorda
Brama en su pecho implacable
La tormenta pavorosa;
La tormenta, que lo mismo
Que de los cielos arroja
Sobre la tierra las iras
De su formidable cólera,
Así del pecho de Maxtla,
Contra el heredero Acolhua,
Se desprenden las saetas,
De una adversion enconosa.
Y sin que pueda, ni un dia,
La pesadilla diabólica
De su padre, ni á la bruja
Arrojar de su memoria,
En persecucion del príncipe,
De los esbirros las hordas,
Cruzan las grandes ciudades,
Y las selvas montañosas.

Los Teocallis escudriñan,
Y los Tianguis[1] alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

1. Las plazas del mercado.



ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la márgen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tápias envejecidas.

Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.
En ella moran tranquilos
Un anciano, y una viva
Y traviesa y cariñosa
Doncella, su amor, su dicha.
Nanche se llama el anciano,
Nezahualxochiltl la niña,
Y Nanche y Nezahualxochitl
Son dos almas y una vida;
Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,
Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.



Era una noche muy triste,
Y lánguida y amarilla,
Llegando al zenit la luna
Su lánguida luz vertia.

La jóven, como una sombra
Impalpaple y fugitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza;
Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxochitl al verle,
Gozosa se le aproxima:
—Padre mio, á tales horas
Por estos sitios caminas,
Cuando tus ojos apenas
Distinguen la luz del dia?
Dame tu mano y revélame
Dónde vas.....
—Sígueme hija,
Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que agita
A diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada, do la vista
Entre tristes sempazúchiles
Y saúces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría;

Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,
Y de sus párpados lenta
Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida,
Es el único consuelo
De prolongadas vigilias.
Despues, tendiendo una mano
Mientras que la otra fria
Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
A la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,
Murmura con voz pausada;
—«Allí está Tiata, hija mia,
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia;
Creció feliz á mi lado
Como has crecido tu misma,
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.
Huitzilihuitl, el monarca
De Tenuchitlán un dia
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.
No puso á sus piés un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.
¡Ay! robómela el infame,
Robómela en hora impía,
Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.
Eternos dias horribles,
Largas noches de vigilia,
Pasé sin Tiata....era Tiata,
De una vez sábelo, mi hija.
El grande rey Ixtlilxochitl,
A quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mias.

Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,
Y de sus párpados lenta
Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida,
Es el único consuelo
De prolongadas vigilias.
Despues, tendiendo una mano
Mientras que la otra fria
Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
A la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,
Murmura con voz pausada;
—«Allí está Tiata, hija mia,
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia;
Creció feliz á mi lado
Como has crecido tu misma,
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.
Huitzilihuitl, el monarca
De Tenuchitlán un dia
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.
No puso á sus piés un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.
¡Ay! robómela el infame,
Robómela en hora impía,
Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.
Eternos dias horribles,
Largas noches de vigilia,
Pasé sin Tiata....era Tiata,
De una vez sábelo, mi hija.
El grande rey Ixtlilxochitl,
A quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mias.

Y en mi socorro acudiendo,
A Huitzilihuitl obliga
A devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.

Tiata al hogar de sus padres,
Al Eden de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;

Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.

Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de Atemoxtli,[1]
Eternas, tristes y frias,

Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas.

Lloró, lloré; nuestro llanto
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundian.

Diciembre.

Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el dia
Que tú naciste; tú eres
De Huitzilihuitl la hija.
Murió el verdugo hace tiempo;
Alli está en polvo la víctima;
Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh [1] las delicias!
Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.
Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio, y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;
Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;
Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mias.»
Cesa la voz del anciano,
Nezahualxochitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

1 "El Sol"

ROMANCE IV

La Hospitalidad.

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana
Va rodando en los espacios
Febe, su disco de plata.
Nanche á su aposento torna,
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.

Mas Nezahualxochitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aun de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.
Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fia
Los secretos de su alma.
Acaso un leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.
Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
A la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada,
Confunde su luz el dia
Con los crespones del alba,
Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.
Que aun mira se le figura
La imágen gentil, gallarda,
De un mancebo que corria
Y ásperas cimas trepaba,

Como el Coyametl [1] que huye,
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;
Aun se finje que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.
Y por el mismo sendero
A poco ve que se lanza,
En pos de aquel fugitivo,
Un tropel de gente armada
Que corre de un lado al otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conferenciar se pára,
Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Dónde la fiera se guarda.
Tal sueña la pobre jóven,
Intranquila y desvelada,
Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.

1 Javali.

En tanto, avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aun rueda por el espacio
Febe, su disco de plata.



¿Qué ruïdo es ese? acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?
¿O lo forma por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos, las ramas?
¿O es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?
Nezahualxochitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.

Cuando distinge una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hácia ella
Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembla la jóven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle, mas solo
Unos breves pasos anda,

Cuando á su oido un acento
Llevó en sus ondas el aura:
«Detente un punto, detente,»
Oyó decir con voz clara.

Empero Nezahualxochitl
Cada vez mas asustada,
No camina.... corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;

En un instante se acoge
Al dintel de su morada;
Mas oye pasos, y atónita
Volviendo hácia atrás la cara,

Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatli[1] entre las anchas
Plegaduras embozado,
Casi toca á sus espaldas.

1 A manera de capa que usaban los aztecas.

Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.

Entonces la jóven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.

—¿Qué ocurre, hija mia?
—¡Padre!
¡Venid, socorro!
—¿Qué pasa?
—¡Padre, mirad!....
Al reflejo
De las rutilantes llamas

De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxochitl, que súbito
Reconocen sus miradas

A aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huia por un sendero
Entre dos verdes montañas.

Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama:
—¿Quién eres?
—¿Quién soy?
—Tu nombre!
—¡Nezahualcoyotl!
Te llamas
Nezahualcoyotl? el hijo
Del gran monarca. Y enclava
Nanche en el rostro del príncipe
Sus pupilas dilatadas;
—¡Ah! sí...... ya te reconozco,
Tú eres mi rey, qué me mandas?
—No pierdas el tiempo, ¿tiene
Una salida excusada
Esta mansion?
—Sí por cierto;
—Pues la senda me señala
—Nezahuolxochitl la sabe;
Mas ese rumor......
—De Maxtla
Son las tropas que me siguen
¡Y soy muerto si me alcanzan!
—Pues corred, yo las espero,
Huid, aquí las aguarda

Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa,
Y que el hijo de Ixtlilxochitl
Con los altos dioses vaya.
Calló Nanche, y en lo oscuro
Vió desvanecerse rápidas,
Del príncipe y de la jóven
Las sombras como fantasmas.



Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansion sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.
Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,
Y el gefe de ellas, mirando
A Nanche que las aguarda,
Deteniéndose soberbio
A no muy corta distancia,
Con fiero ademan altivo
De esta manera le habla:

—A ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa:
Ríndete pues, y á los mios
Enseña la puerta franca.
El rey tu señor, mi amo,
Así lo quiere y lo manda;
Paso, paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.
—Te equivocas, dice Nanche
Con aterradora calma;
Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.
—¿Niegas que el príncipe infame
Tras ese muro se guarda,
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?
—No niego nada.
—Lo confiesas....
—En mi vida
Supe mentir.
—¿Y qué aguardas?
—No has de entrar en este asilo.
—¿Quiéres morir?
No me espanta

La muerte, cuando me alienta
La fé de una justa causa.
—Eres anciano......
—Mis ojos
De ver la luz ya se cansan.
—Morirás entonces.
—Y antes
Que se cumplan tus palabras,
Hollarás cien y cien veces
Mi cadáver con tus plantas.
—Adelante......!
—Atras......!
La lucha
Desigual y sanguinaria,
A la faz de las estrellas
En un instante se traba.
La pica del noble anciano
Hunde al primero que avanza
La cabeza, y cae al suelo
Como una pesada masa.
Se exasperan los contrarios,
Se oyen mugidos de rabia,
Y el iztli [1] hiende el espacio
En las puntas de las lanzas.

1 Pedernal.

De pronto Nanche vacila,
Se bambolea y se escapa
De su pecho hondo sollozo
Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirros
Unos tras los otros pasan,
Y los venerables restos
Aun palpitantes, ultrajan.

Entran las habitaciones,
Buscan, mas al fin no hallan
Al príncipe á quien creian
Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,
Al campo otra vez se lanzan,
Como Coyotles[1] hambrientos
En las llanuras de Anáhuac.



La tibia luz de la aurora
Viste al oriente de nácar,
Y á los primeros albores
De aquella dulce luz blanca,

[1] Especie de chacales.

Se ve bajar la colina
A una jóven que agitada
Muestra en sus ojos la dicha
Que sus tiernos labios cantan.

«No pierde un rey poderoso,
Un rey nunca pierde nada,
Si á sus iguales adora,
Si con princesa se casa;

Y él es rey, y yo soy hija
De Huitzilihuitl y Tiata;»
Estos eran sus cantares,
Estas eran sus palabras.

Alegre, gentil, risueña,
La colina al fin traspasa,
Cruza sus bellos jardines
Y se detiene á la entrada

De su mansion...... algo ha visto
De sombrío en lontananza;
Algo de fúnebre y triste
En las puertas y en las tapias.

Se le figura que el viento
Solloza triste si pasa,
Y que los árboles gimen
Si el aire silba en las ramas.

¿En dónde están de su padre
Las cariñosas miradas?
¿En dónde está la sonrisa
Que sus labios dilataba?
¿Dónde los trémulos brazos
Que no salen á estrecharla,
Por aquella alegre puerta
Tan muda y tan solitaria?
¿Por qué ante ella se detiene,
Y tiembla y vacila, y anda
Un breve trecho y al punto
Se vuelve atrás asustada?
¡Ay! lo ignora, y decidida,
Resuelta, convulsa, pálida,
Entra, da un grito, y perdiendo
Al fin su última esperanza,
Siente un vértigo espantoso,
Siente un dolor que la mata;
Cierra sus ojos, y rueda
Por el suelo desmayada.....
....
Vió á Nanche, á Nanche tendido,
Tintas en sangre las canas,
E inmóbiles las pupilas
En donde acaso aun brillaba

Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.



ROMANCE V

La Emboscada.

Nezahualcoyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos,
De luchar con el destino
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, dia á dia,
Brazo á brazo, pecho á pecho,

De cruzar con sus dolores
Los mundanales desiertos,
En un futuro soñando,
En un pasado muriendo,
A Tenuchitlán potente
Vuelve los ojos, y el cielo
Un rayo de luz le envía
Que calma un punto sus duelos.
Un átomo de esperanza
A su corazon enérgico,
Lleva una chispa que enciende
Su sangre en llamas de fuego.
Se une á Ixcoatl, monarca
Cuarto del coloso imperio,
Y con otros poderosos
Tributarios de su suelo,
Y al frente de un aguerrido,
Bravo y numeroso ejército,
Parte al fin contra el tirano
Maxtla, que en el trono excelso
No sospecha ni un instante,
No presume ni un momento,
Que en su fuerte y poderosa
Diestra, vacile su cetro.

Y ordena á Mazatl, el bravo
General de sus gerreros,
Que prepare á la defensa
La capital de su reino.
Y Mazatl la fortifica
Lleno de vigor y aliento,
Con hondos fosos por fuera,
Con altos muros por dentro.
Y dentro y fuera, con rudos
Brazos y animosos pechos
Que esperan desesperados
El instante del encuentro.



El fulgor de un bello dia,
Hermoso, puro y sereno,
Inunda con luz brillante
Murallas y campamentos.
Y quiebran la luz febea
Con vario fulgor intenso,
Los chimalis y escaupiles[1]
De aquellos gefes soberbios.

[1] Escudos y armaduras.

De pronto se oye sonoro
Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcoatl toca diestro.
Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento
Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.
Nezahualcoyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mitl su criado
De honra y lealtad ejemplo,
Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuahuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro:
«Ve y dile á Nezahualxochitl
Que no la olvido un momento,
Y en mi espíritu está siempre
Su imágen que reverencio.
Que no tema, que la gloria
Coronará mis esfuerzos;
Que los dioses van con migo,
Que de ellos el triunfo espero.

Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.



Pasóse el dia luchando
Con temerario denuedo;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos;
Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,
Nezahualcoyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,
Retiróse con los suyos
Camino del campamento.
Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;
Ya de su Nezahualxochitl
El cariñoso recuerdo;

De la lucha de aquel dia,
Los peligros, los encuentros;
Y ya la muerte lamenta
De algun bravo compañero,
Cuando de súbito sale
De un bosque añoso y espeso,
Un enjambre de soldados
Que le acometen violentos.
El príncipe se defiende
Como puede en tal momento,
Fiero y á morir matando
Con sus valientes resuelto.
Caen los suyos á tierra
En el combate sangriento;
De nada el brío le sirve,
De nada el valor supremo;
Que el numeroso enemigo
Como un círculo de hierro,
Los aprieta y los obliga
A perecer combatiendo.
De pronto, empero, se escucha
Rumor confuso, no lejos,
Y Nezahualcoyotl oye
La voz de Mitl, que corriendo

De su señor en socorro
Vuela al combate ligero,
Con los que á Nezahualxochitl
De escolta y guarda sirvieron.
Rompe Mitl las dobles filas
Que á su amo ponen en riesgo
De perecer, y á su lado
Llega, de esperanza lleno.
Al frente Nezahualcoyotl
Del vigoroso refuerzo,
Recobra el ánimo, y hiere
Cuanto se pone á su encuentro.
Huye al fin á todas partes,
Por intrincados senderos,
Despavorido y sin armas,
El enemigo disperso.
Y...... «¿cómo estás á mi lado,
Valeroso Mitl, qué has hecho
De Nezahualxochitl?» dice
El príncipe, sonrïendo.
—Señor, uno de tus fieles,
Contesta Mitl al momento,
Seguro de que en la lucha
Te habrian al cabo muerto,

De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Deja este sitio, y en busca
De socorro parte presto.
Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo —
Y Mitl la cúspide oscura
De un monte en que ya su velo
De sombras la noche tiende,
Le señaló con el dedo —
«Allí, repite, encontróme,
Y dándome de tu aprieto
La noticia, hasta este sitio
Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna
Que llegar pudiera á tiempo,
Dejando á Nezahualxochitl
Con algunos de los nuestros;
Mas...... véla allí que se acerca,
Parte, señor, á su encuentro.



ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxochitl,
Quien con labio irresoluto,
A los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,

Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.
Interroga con la vista;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre
Tendió los brazos convulsos
Hácia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.



¡Cuánto se amaban! la noche
Que Nanche murió, al influjo
De su nefasto destino,
Sus corazones en uno
Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo;
De un amor inexplicable
Y en dulces goces fecundo.

A ella la vimos risueña
Aquel dia, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su gentil cabeza, de humo;
Cantar la oimos alegre
Los ensueños de un futuro,
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.
Y cuando al pié del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,
Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecia un sepulcro.



Cuando ya el sol se acercaba
A la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto

Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto;
A la jóven se aproxima
Con un cariñoso impulso;
Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto
Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.
Abre al fin Nezahualxochilt
Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito
Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mústios.
Se acerca al príncipe amante,
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,
Así le dice: «allí tienes,
Nezahualcoyotl, al único
Ser querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.

No miro ya de esta vida,
Por los desiertos oscuros,
Mas luz que tú, mas consuelo
Que tu amor, ni mas refugio.
Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.
Solo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Leí en tus ojos oculto......
Y que tu labio........
—Silencio!
Nezahualxochitl, no es justo
Que me hables así..... tu esposo
He de ser, yo te lo juro.»
Despues, alzando el cadáver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro
De Tiata, en una cueva,
Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.



Al anochecer, muy pocos
Dias despues, en Tescuco,
Del infatigable Maxtla
Y sus sicarios, ocultos,
Ante un anciano Teopixqui [1]
Con un placer sin segundo,
Y de sus antepasados
Conforme al rito y los usos,
Delante de dos testigos,
Sus dos almas de consuno
Se unieron y para siempre
Con indisoluble nudo.[2]



Entre los brazos del príncipe,
Nezahualxochitl, algunos
Breves instantes de dicha,
De supremo goce, estuvo;

1 Sacerdote.

2 Nezahualcoyotl se casó en su juventud con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murló antes que el principe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habian usurpado.— *Clavijero.* Tomo I, pág. 108 [nota].

Mas cuando de ellos pretende
Desasirse, un breve punto
Tembló, sus brazos se abrieron,
Y cayó al suelo: confuso

Nezahualcoyotl, sobre ella
Se arroja de terror mudo;
Y da un grito, que los montes
Repercuten uno á uno.

Y entre un tumulto, á la roja
Luz de los hachones fúlgidos,
Contempló á Nezahualxochitl
Bañada en sangre, sin pulsos;

A quien le traspasa el pecho,
Que ha poco encendia un puro
Y noble amor, de una flecha
El iztli ardiente y agudo.

«Por matarme á mí la han muerto:»
Esclama fiero, iracundo,
Nezahualcoyotl, alzándose
Con un movimiento brusco:

«Ellos, ellos, continúa
Con ronco acento, y sañudo
Hácia la ciudad volviendo
Los ojos como carbúnculos:

—«¡Ah! maldita Azcapozalco,
Guarida de sus verdugos,
Mañana al rayar el dia
Sabré vengar tus insultos!
No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupiles rudos.
Haré que tus altas torres
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en ceniza
Tus palacios y tus muros......»
Dijo, cayendo de hinojos
Al pié de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.



VII

La muerte del tirano.

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey desde Oriente
Sobre los montes difunde,
En entrambos campamentos
Los capitanes reunen
A sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.

Suena el tambor del combate,
Y la inmensa muchedumbre
De guerreros, la pelea
Traba en formidable empuje.
Penachos, cascos y escudos
En que oro y plata relucen,
En la furibunda lucha
Se mezclan y se confunden.
Allí estaba Izcoatl llevando
Un tencaliuhqui [1] que encubre
Sus nobles formas, y gasta
Porque es de reyes costumbre.
Matzopeztlis [2] en los brazos,
Y Cozehuatles, [3] que suben
Hasta media pantorrilla,
De cuero color de herrumbre,
Hechas con ricos adornos
De piedras que fuego lucen;
Un tentetl [4] lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre

1 Trage de guerra que usaban los principes.
2 A manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.
3 Especie de botas.
4 Una esmeralda.

Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del íris los mil cambiantes
Y su altivo pecho cubren.
Lleva en la frente, por último,
El copilli, [1] del cual surge
Un cuachictli, [2] en que campean
Plumas bermejas y azules.
Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macahuitl en la frente
De Mazatl, que fiero ruge
Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.
Allí está Nezahualcoyotl
Que las persigue y confunde;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce;
Y lo mismo que el peñasco
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su paso
Todo lo arrasa y destruye,

1 Corona.
2 Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Así va con sus guerreros,
A quienes valor infunde
Con su ejemplo, porque nada
Hay que su espíritu asuste,
Nada que ataje su brío,
Nada que lo sobrepuje;
Y el exterminio y la muerte
En torno suyo difunde.
En esto, Maxtla el tirano
Que perdido se presume,
En busca de un temazcalli, [1]
Que en su lobreguez lo oculte,
Corre ciego sus jardines,
Y hallándolo, se introduce
En él y de horrible miedo
Chocan sus dientes y crugen.
Desde allí miró las llamas
Que su palacio consumen,
Y entre los gritos del pueblo
Escuchó el estruendo lúgubre,
Que al caer al suelo hicieron
Tapias, arcos y techumbres,
El suelo hundiendo al impulso
De su inmensa pesadumbre.

1 Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construccion y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es mas baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los Aztecas.

Oyó del cercano templo
El espantoso derrumbe,
Y el grito del populacho
Que sus jardines obstruye;
Que destroza las florestas
Do gozó, en horas mas dulces,
Del tibio halago del aura,
De las flores el perfume.
Vió que muy cerca del sitio
Que su liviandad encubre,
Le buscaban, y al espanto
Su alma cobarde sucumbe.
¡Cómo tiemblan los tiranos
Cuando á sus ojos, con lúgubre
Aparato, al fin la muerte
Su pálida faz descubre!
Maxtla escondido en el fondo
Del temazcalli, prorumpe
En llanto amargo y copioso
Que sus pupilas desluce.
No tardan en encontrarle,
Que por mucho que se ocülte
La maldad, siempre hay un labio
Que su guarida denuncie.

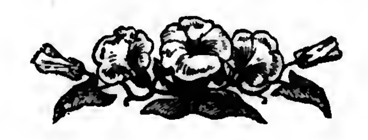
Del antro oscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre

De soldados, que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.

Y mientras tanto las llamas
En Azcapozalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce,

Y mientras tanto las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,

Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.



TEZCOTZINCO.

A MI ESPOSA LA Sra. Dª ELEONOR DEL VALLE DE PEON

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tezcuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes gigantescos,

Una mansion que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
O se retrata en los cielos.
¡Es Tezcotzinco! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos!



Una pendiente süave
Ofrece fácil acceso
A sus inmensos jardines
Y á sus floríferos huertos,
Que de un lado y otro lado
Tendiéndose pintorescos,
De embriagadores perfumes
Llenan las ondas del viento.
Allí de pronto, entre flores,
Accidentándose el suelo,
Se alza una cuesta que al paso
Niega á la cumbre el ascenso.

Mas talladas en la roca
Y bruñidas como espejos,
Magníficas graderías
Bordan la falda del cerro,
Y de la mansion hermosa
Conducen á los extensos
Terrados, que en el granito
Labraron cinceles diestros.
Allí la vista extasiada
Contempla con embeleso
Las grandiosas galerías
De sus salones inmensos;
Salones cuyas paredes
Tapizan cándidos lienzos
Bordados con el plumaje
De los pájaros mas bellos.
Allí se miran los baños,
Tambien en la roca abiertos;
Soberbias escalinatas
Conducen á sus risueños
Recintos, á do admirados
Bajan los rayos febeos,
Primor de constancia y arte,
Y de la molicie templos.

Allí levantan sus muros
Ricos Teocállis severos,
En donde el fuego sagrado
Perennemente está ardiendo.
Y perdidos en la sombra
Del follaje de los cedros,
Pórticos y pabellones
Se elevan de trecho en trecho.
El agua que fecundiza
Sus cultivados terrenos,
Corre en sonoros cristales
Por un acueducto inmenso,
Que al descansar sobre un vasto
Terreplan, desde muy lejos,
Viene cruzando los valles,
Las colinas, los oteros;
Agua que al correr ligera
Por canales y descensos,
Despues de surtir las fuentes,
Los baños y los soberbios
Estanques, y derramarse
Por los prados y los huertos,
Retratando en su camino
Flores, hojas, aves, cielos,

Inquieta, rauda y sonora
Por riscosos vertederos,
En bulliciosas cascadas
Se precipita á lo lejos;
Y de tan grande belleza
Vienen á ser complemento
El aire que se respira,
Manso, perfumado, fresco;
El sol que dora los bosques
Cuando nace, y cuando lento
Traspone las grandes masas
De sombra que en los espesos
Follajes de la intrincada
Selva, anticipan el bello
Crepúsculo de la tarde,
Tan melancólico y tierno.
Las cumbres de las montañas
Que ondean en los extremos
Horizontes, la alta cima
De volcanes corpulentos;
Sus picos que reverberan
Como diamantes inmensos,
Joyas con que la natura
Engalana el Universo;

Los lagos que á gran distancia
Azulean al reflejo
De los rayos de la luna
Que van á quebrarse en ellos;
Y horizontes, luz, matices,
Fuentes, cascadas, senderos,
Aves, estanques, llanuras,
Bosques, nubes, flores, cerros,
Forman un todo, un conjunto
Tan armonioso y poético,
Que á Texcotzinco trasforma
En un paraíso nuevo.



En la mas bella floresta
De aquellos sitios amenos,
Una sonorosa fuente,
Esculpida con esmero,
Ostenta en mitad de ella
Una piedra de gran peso,
En cuyo frontis pulido
De geroglíficos lleno,

Están marcados los años
Que el poderoso, el excelso
Nezahualcoyotl, de aquella
Soberbia morada dueño,
Ha regido los destinos
Del Acolhuacano imperio,
Y de sus gloriosos dias
Los mas notables sucesos.



En otro estanque se mira
De piedra un leon inmenso,
Que hácia donde el sol se pone
Mantiene los ojos puestos,
Y que asegura en su boca
Una efigie, que es perfecto
Trasunto de aquel monarca
Justo, sabio, grande, bueno,
Idolo de sus vasallos,
Firme amparo de sus pueblos,
Luz de sus vastos dominios
Y admiracion de los tiempos!

ROMANCE II.

¡Los tiempos! cuando la mano
De los tiempos inflexible
Aun destrozado no habia
Aquellas obras insignes;
Cuando al poderoso azote
De sus alas invisibles
Aun sus muros resistian
Sobre sus cimientos, firmes;

Cuando no se contemplaban
Como hoy, sus bosques sin lindes,
Sin agua, fuentes y estanques,
Yermos, valles y pensiles;
Ruïnas tantos palacios
Cuyos trazos ya no existen,
Vil despojo de los siglos
Y de las fieras rediles;
Cuando aun sus templos oian
Los cantares de las vírgenes
Aztecas, que idolatraban
A sus dioses invencibles;
Cuando aun no echaba la yerba
En sus escombros raíces,
Ni anidaban en sus hondas
Grietas, uraños reptiles,
Nezahualcoytl, cruzando
Sus encantados jardines,
En raudales de armonía
Daba alivio al pecho triste.
Allí de su lira al eco
Callaban auras humildes,
Y aquellas que en la enramada,
Tórtolas amantes gimen.

Allí, al son de sus acentos
Se encendian los matices
De las flores, y temblaban
Sobre tus tallos flexibles;
Allí recordaba alegre
De sus años juveniles,
Las fuertes luchas marciales
Y las amorosas lides;
Allí acataban sus leyes
Los vasallos y los príncipes,
Las leyes á cuyo amparo
Fueron sus tiempos felices;
Allí concibió su mente
La idea de un ser sublime,
Creador del cielo y tierra,
Que infinitas orbes rige.
Dando al olvido la extraña
Majestad de las efigies
De aquellos dioses, amparo
De sus pueblos infelices,
Y allí cantó en versos dulces
De la gloria humana el triste
Término, y lo pasajero
De sus grandezas ruines.

Y allí con Metlalzihuatzin
Guió, en fin, los infantiles
Pasos de Nezahuapilli,
Honor de su egregia estirpe.



EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SEÑOR DON MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y Señor de los Chalqueses,
A quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazon, albergó siempre,
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,

Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mexicanos, muere.
Las vencedoras legiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tezcuco
Que parte en la empresa tienen,
El botin y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.



Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte,
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.
Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente,
Que tantos años erguida
Ciñó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.
Por eso doquier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso cual tigre fiero
Ni se alimenta ni duerme.
Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiere,
Ya una cuadrilla que roba,
O entre las llamas envuelve
Palacios y cementeras
Que en ceniza se convierten.
Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,
Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte
Que el enmascarado rostro
Hácia todos vientos vuelve,
Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Despues de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,
En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los Huexotzingos,
Venciendo á los Cotasteses.



ROMANCE II

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las regiones de su ocaso;
Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus melódicos cantos,

Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mexicanos.
Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto:
¡Inútilmente! las flechas
En el carcax se quedaron,
Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
Tambien se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.
¡Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos!
¡Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados
La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con accion tan villana
Solo han querido injuriarlo!



Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prision le reducen
En un soberbio palacio.



Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambicion y á su orgullo
Le brindan ópimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crímen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazon humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!

Empero, Omixtla su oido
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazon al fausto;
Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Solo escucha y el mandato.



Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;
Resuelto á poner un coto
Al afan de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,
Accedió al fin, pero puso
Por condicion en el pacto,
Que con los nobles celebra
Para ser su soberano,

Que en la gran plaza del Tianguis [1]
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,
Para que mirarlo puedan
Sus generosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.
Consiente el pueblo gustoso
Frenético de estusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

1 Plaza del Mercado.



ROMANCE III

De gala están los chalqueses,
Y la multitud festiva
Hácia la plaza del *Tianguis*
Alegre el paso encamina.
El sol aparece, nuncio
De un claro y risueño dia,
Y á la ciudad, coronada
De flores mil, ilumina.

No hay un semblante que ufano
Tributo al placer no rinda,
Ni hay un pecho que solloce,
Ni hay un labio que no ria.
Alienta el pueblo animoso
Que sus venturas publica
Y la esperanza recobra
Que ya juzgaba perdida.
El presente le sonríe,
El porvenir le acaricia,
Y en un oriente sin nubes
Un astro nuevo divisa,
Un resplandor, una aurora,
Que lo seduce y reanima,
Y en horizontes extensos
Con luz irisada, brilla.
Frustrado juzga el designio
Del terrible Ilhuicamina,
Y que al fin se ha roto el yugo
Que á México lo esclaviza;
Eso esperan los que en Chalco
Sus descalabros olvidan,
Y en el futuro monarca
Su venganza y su odio fian.

Ya combatiendo al coloso,
O con él formando liga,
Sabrá devolver al pueblo
Su antigua soberanía;
Sabrá las glorias tornarle,
La libertad, las franquicias
Que obtuvo en logradas horas
Y en mas halagüeños dias.



ROMANCE III

Magnífico es el tablado
Que cubren soberbias telas,
Magníficas las colunas
Que su planicie sustentan.
Allí revueltas espiran
De la muchedumbre inmensa
Las olas, cual las del Ponto
En procelosa marea.

Y fluye hirviente y refluye
En boca–calles y puertas,
Sin que haya dique seguro
A su curiosa impaciencia.
Los mexicanos, que fueron
Presos con Omixtla, esperan
En torno á la plataforma,
Que su señor aparezca.
El huehuetl y el teponaztli, [1]
En son acorde resuenan,
Y todo es zambra y contento,
Y todo algazara y fiesta.



Al fin Omixtla aparece
Con la comitiva régia,
Y el pueblo en vivas prorumpe,
Y unánime aplauso truena.
Omixtla adelanta grave,
Al pié del tablado llega,
Y sube él solo, llevando
Un ramillete en la diestra.

1 Instrumentos de música.



Llegado el solemne instante,
Llegada la hora suprema,
Parece el Tianguis desierto,
¡Tan grande silencio reina!
Entonces de Omixtla altivo,
Ante las turbas inquietas,
Sus sentimientos en tales
Términos el labio expresa:
«Sabed, nobles mexicanos,
Sabed, guerreros aztecas,
Que los chalqueses me brindan
La corona de estas tierras;
Mas no permitan los dioses,
Y antes mil veces perezca,
Que haga traicion á mi patria
Y al rey mi señor ofenda.
En mas que la propia vida
Estimad la lealtad vuestra,
Y de tan grande enseñanza,
Ejemplo mi muerte sea.»

Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;
Tiende al espacio la vista;
Su pupila centellea....
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.



TLAHUICOLE.

A MANUEL DOMINGUEZ ELIZALDE.

ROMANCE I

EL PRISIONERO.

Tenuchtitlan y Tlaxcalan
En contínuas disensiones,
Enrojecen con su sangre
Selvas, llanuras y montes.
Años tras años de encono,
De contiendas y de horrores,
De entrambos pueblos acrecen
El odio en sus almas torpes;

La plácida bienandanza
De alegre paz desconocen,
Y á su lisonjero halago
Las conveniencias oponen.
Que el afan de procurarse
Víctimas para sus dioses,
Hace que la guerra insana
Sin término se prolongue;
Pues el que en la lucha cae
O al enemigo se acoge,
Es al fin sacrificado
Por bárbaros sacerdotes.



Los Huexotzingos unidos
A las aztecas legiones,
Y los bravos Otomites
De Tlaxcalan defensores,
En medio del campo un dia
Se encuentran, se reconocen,
Y de ira implacable llenos
Al combate se disponen.

El sol, coronando al mundo
Con ardientes resplandores,
Baña de fértil llanura
Los extensos horizontes;

Y de un extremo y del otro
Partiendo los campeones,
Se arremeten como fieras
En brusco y terrible choque.

Gefe de los Otomites
Es el bravo Tlahuicole,
El general tlaxcalteca
De mas brío y de mas nombre.

El macuahuitl que fulmina
Su fuerte brazo, es disforme,
Tanto, que apenas con ambos
Puede sostenerlo un hombre.

De alta prosapia en su pecho
Se agita su sangre noble,
Que abonan mas que su estirpe
Sus generosas acciones.

Fiero, cual siempre, á las huestes
De los huexotzingos corre....
¡Ay, de aquellos que á su paso,
Desventurados, se oponen!

Hiere, destroza, y do quiera
Las compactas filas rompe
Del enemigo, y llevado
De un furor, al cual no pone
Coto ni medida, al cabo
De los suyos alejóse,
De la prudencia olvidando
Las saludables lecciones;
Y en un pantano se hunde,
Do con movimientos torpes,
Apenas para salvarle
Bastan sus fuerzas enormes.
Ya los contrarios le cercan,
Aprehenderlo se proponen,
En los otomites cunde
La confusion, el desórden;
Al mirarse sin su gefe
El temor les sobrecoge,
Y como guerrera escuadra
En medio del mar salobre,
Juguete va de las olas
Y furiosos aquilones,
A destrozarse en las peñas
Sin guia, rumbo ni norte,

Así desbandados huyen
En distintas direcciones,
Y su completa derrota
Van á ocultar á los montes.
El general tlaxcalteca
Defiende su vida entonces,
Lo mismo que se defienden
En su cueva los leones;
Y al número al fin cediendo,
Lleno de heridas, rindióse;
Y de ira ciego la muerte,
Por favor, pidiendo á voces.



En una jaula anchurosa,
De formidables barrotes
De madera, reforzados
Con toscas planchas de bronce,
Sujeto de piés y manos
Al bravo caudillo ponen,
Y cautelosos le encierran
Como á los tigres feroces.

Dando gritos de alborozo
Le cercan de escolta doble,
De la cual al frente se hallan
Algunos guerreros nobles.
Y mientras tanto, serena,
Tiende sus velos la noche,
Y como una madre ciñe
Entre sus brazos al orbe.
A Tenuchtitlan la grande
Se dirigen, en buen órden,
Por extraviados senderos,
Cautivo, escolta y señores.



En una tarde apacible,
Los alegres callejones
De una huerta floridosa
De fuentes llena y primores,
Moteuczoma, el rey altivo
De Tenuchitlau, recorre
Acompañado de algunos
De sus mas diestros bufones,

Que con chistes le solazan,
Y hacen que un punto se ahoguen
En el olvido, las penas
De sus ocultos dolores.
Empero, en breve le saca
De tan dulces distracciones,
La nueva de que han llegado
Al palacio embajadores;
Que á un enemigo le traen
Que por sus hechos conoce,
Para que juzgue y sentencie
Como quiera y se le antoje.
Llega á su presencia el reo
Con altivo y digno porte,
Y su gentil continente
La atencion augusta absorbe.
El rey sereno le mira,
Y en su rostro dibujóse
El placer y una sonrisa
Que mal sus labios esconden.
Y en el cautivo fijando
Sus ojos, como carbones
Negros, decirle estas frases
Los circuntantes le oyen:

«Hasta mi oido ha llegado,
Valeroso Tlahuicole,
La fama de tus proezas
Y el prestigio de tu nombre;
Y pues tus hechos admiran
Cuantos tu valor conocen,
Justo es que yo te releve
Del castigo, y te perdone.
Eres libre, libre puedes
Volver á tus pátrios bosques,
Y que en medio de los tuyos
Recuperes tus honores.»
El general tlaxcalteca
Que con grande asombro oyóle,
Serenándose un momento,
De este modo le responde:
«Grande señor, yo agradezco
El bien que tú me propones;
Mas permite que rehuse,
Y esto á ultraje no lo tomes;
Pues el que acepta sereno
De su enemigo favores,
Se envilece y se degrada,
Y es fuerza que se deshonre.

Quiero morir con los mios,
Que aun están en tus prisiones,
En honor de mi república
Y para honor de los dioses.»
Calla el general, y todos
Los circuntantes le oyen
Con asombro; Moteuczoma
Su dignidad reconoce,
Y en mas, con esto, lo estima
Y por lo tanto, da órden
De que en su mismo palacio,
Cual lo merece, le alojen.
Y adularlo determina,
Y halagarlo se propone,
Y conquistar el cariño
De una alma tan grande y noble.



ROMANCE II

La Orden.

Por ignorados motivos
Que la historia no revela,
Declaran los Michoacanos
A Tenuchitlan la guerra;
Y Mocteuczoma resuelve
Mover las huestes aztecas,
Y al frente de ellas, que marche
A Tlahuicole le ordena.

Obedece aquel mandato
El general Tlaxcalteca,
Y parte á Tlaximaloyan
Que es de Michoacan frontera.
Allí en terribles encuentros,
De su pericia da pruebas,
Y nuevos lauros añade
A su gloriosa carrera.
Y aunque triunfar por completo
No logra al fin con sus fuerzas,
Gran número de cautivos
A sus pendones sujeta.
Y con un botin muy rico,
Que es fruto de sus proezas,
A la capital retorna,
Do el rey gozoso lo espera,
El cual los grandes servicios
Del caudillo recompensa,
De Tlacatecatl brindándole
Con la dignidad suprema.
Mas de nuevo Tlahuicole
Rehusa tan grande muestra
De distincion, declarando
Que solo morir desea;

Y el monarca decidido,
Ya que complacerlo es fuerza,
Que sus deseos se cumplan,
Bien á su pesar, ordena.



ROMANCE III

El Suplicio.

Cerca del mayor teocali,
Sobre un terraplen muy basto
El Temalacatl, con bellos
Bajorelieves labrado,
Descansa y ostenta lúgubre,
Sombrío como un cadalso,
Su redonda superficie
De mil crímenes teatro.

Era la tarde, y el pueblo
En torno de él agolpado,
Que se presente la víctima
Espera con entusiasmo.
Allí se ve á Mocteuczoma
Bajo de un sólio sentado,
Cubierto de oro, de plata,
De esmeraldas y topacios.
En torno de él, la nobleza
Y los altos dignatarios
De las comarcas cercanas,
El lujo ostentan y el fausto.
Del Temalcatl sombrío,
Nada mas que algunos pasos,
Seis inmóbiles Teopixquis
Están con los ojos bajos.
Su trage es negro, y su cuerpo
Desnudo en piernas y brazos,
Con el teopatli divino
Se mira recien untado.
Llevan un birrete tosco,
Negro tambien, y muy ámplio,
Y debajo del cual salen
Sus fuertes cabellos largos;

Largos hasta el suelo, y siempre
Con dos cordones trenzados,
Teñidos con tinte espeso
De humo de ocotl aromático.



Todos callan......de repente,
Lo mismo que el Oceáno,
Se agita el pueblo, se abre,
Y de uno y de otro lado
Deja una anchurosa calle
De fuertes muros humanos,
En cuyo extremo aparece,
Con noble desembarazo,
Tlahuicole, el valeroso
General republicano,
Héroe de aquellos festejos,
Y de las miradas blanco.
Avanza lento y tranquilo
Con majestüoso paso;
Llega al terraplen, y grave
La escalinata trepando,

Saluda al rey, que le mira
Más que enojoso, con pasmo;
Y al temalacatl se sube
Con ánimo sosegado.
Allí espera un breve punto
Que un pié con un fuerte lazo
Le aseguren á la piedra
Que es de la lid escenario.
Danle despues un chimali,
Escudo de gran tamaño,
Y un macuahuitl que, aunque corto,
Está fuerte y bien tallado.
Le dejan solo, en seguida
Sus ojos grandes, airados,
Pasea en torno, y espera
Tranquilo á sus adversarios.
Llega el primero, se miran,
Y despues de un corto plazo,
Le divide Tlahuicole
En dos, el cráneo, de un tajo.
Sube en seguida el segundo,
Otro despues, y hasta cuatro,
Y á los piés del tlaxcalteca
Sucumben casi en el acto.

Grita el gentío; los aires
Se conmueven al aplauso
Universal, y la sangre
Tiñe á torrentes el mármol.

Suben tres mas.... Tlahuicole,
Lleno de heridas, jadeando,
Aun logra vencerlos, aun
Rinde al sétimo su brazo,

Hasta que el último sube,
Y diestro ó afortunado
El arma le hunde en la frente,
Y se estremece de espanto.

Entonces, como en el coso,
La fiera cae en el charco
De su sangre, hondos mugidos
De mortal furor lanzando,

Así rueda Tlahuicole
Por el suelo, y en el acto
Los Teopixquis, de su cuerpo
Sangriento se apoderaron.



Del gran Dios Huichtilopoxtli
Ante el templo venerando,
Sobre aquella piedra horrible
De los sacrificios bárbaros,
El cuerpo aún palpitante
De Tlahuicole acostaron;
Le abren el pecho, le arrancan
El corazon...... ¡humeando!
Y en seguida los Teopixquis
Con él se acercan á lo alto
De la escalera, y arrojan
El cadáver mutilado.



Pasa una hora lentamente,
Huye el pueblo cabizbajo,
Nadie hay en torno del triste
Temalacatl solitario......
Esperad...... el negro bulto
Avanza con lento paso,
De una mujer desolada
Con un niño entre los brazos.

Llega...... su triste sollozo
Cruza gimiendo el espacio;
Es el amor, es la esposa
Del general desdichado.

En Tenuchtitlan cautiva
Con él estuvo tres años,
Fué de sus dias el ídolo,
Fué su placer, fué su amparo.

El llanto por sus pupilas
Brilló en trance tan amargo,
Su corazon oprimiendo,
Su corazon inundando,

Hasta que entrada la noche,
Desfallecida al estrago
De su dolor, mal apenas
Pudiendo alentar el paso,

Se retiró á su morada,
Momentos en que asomando
La luna, bañaba en sangre
Sus melancólicos rayos.



MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN

A LA SEÑORA DOÑA MANUELA SERRANO DE VALLE

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

EL ASTRÓLOGO.

En un salon espacioso
De aquel alcázar soberbio,
Que habitaron los monarcas
Del Anahuác opulento,
En un salon que tapizan
Cien colgaduras de lienzo
Bordado de oro, y que ostenta
El rico arteson de cedro,

Bajo un dosel de oro y fino
Nácar incrustado en ébano,
Y sobre un banco de *icpali*
Está el Rey nono de México,
Moteuczoma el poderoso
Que no hace mucho que ha vuelto
De una expedicion famosa
En que ha perdido su ejército,
No combatiendo cual suele,
Contra el belicoso pueblo
De Amatlan, que rebelado
Tremola pendon guerrero;
Sino al embate furioso
De una tempestad, que haciendo
Destrozo grande en sus huestes,
Le obliga á tornar ligero
A Tenuchtitlan la hermosa,
Con los miserables restos
De una legion combatida
Por el cansancio y el miedo;
Que un portentoso cometa
Su cauda enseña en el cielo,
Nuncio de grandes desgracias
Para el trono y para el reino;

Y por eso acongojado
Está el monarca en su asiento,
Entrambos brazos caidos,
Pegada la barba al pecho;
Ni hace caso de un *jicali*[1]
Que de *octli*[2] espumoso lleno,
Le ha presentado una esclava
Que le sirve con esmero;
Ni una luenga caña fuma
Que colma tabaco bueno,
Con *tlilxochitl*[3] oloroso
Y otras dos yerbas compuesto;
Pues piensa solo en que dicen
Los nigromantes mas viejos,
Que el cometa y el fracaso
Que dispersó á sus guerreros,
Y el incendio repentino
De las dos torres del templo,
Le anuncian que de otra tierra,
Que está del Anáhuac lejos,
Y por el lado en que luce
El sol sus rayos primeros,
Vendrán en son de conquista
A derrocar su gobierno,

1 Vaso natural.
2 Pulque, licor fermentado que se extrae del maguey.
3 Vainilla.

Sobre palacios flotantes,
Asombro del universo,
Hombres de color distinto
Y de distinto dialecto.

Y el vaticinio le infunde
Un temor tanto mas serio
Cuanto que Nezahualpilli
Rey del Tezcucano pueblo,

Que fama alcanza de sabio
Y de clarísimo ingenio,
Y á quien Moteuczoma tiene
Por astrólogo supremo,

Con pesadumbre le afirma
Que cuanto dicen es cierto,
Y se lo probó dos veces,
¡Triunfando de él en el juego!

Que era el azar el que daba,
Por aquellos raros tiempos,
De extraordinarias costumbres
Y extraordinarios sucesos,

En las dudas mas sencillas,
Y en los mas árduos empeños,
La victoria al mas taimado,
O mas astuto, ó mas diestro.



Que está impaciente el monarca
Indica claro en su gesto,
Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.
A alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor mas pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.
Pero así como en la oscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando despues mas negro;
Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento
Mas airado y mas sombrío
Mientras mas avanza el tiempo.
En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos,
Se alza del banco, violento,

Y «véte,» á la sierva dice,
«Vete;» y en el punto mesmo
Se abrió la régia mampara
Que da entrada al aposento,
La cual, despues de dar paso
A dos hombres, tornó luego
A cerrarse, y quedó breve
Rato la estancia en silencio.
Rompióle al fin el monarca
Dirigiéndose al mas viejo
De los dos, que apenas puede
Tenerse en sus piés de hielo.
—«Tú, Xoloe, que los destinos
Penetras de hombres y pueblos,»
Le dice al humilde anciano
Que no se atreve ni á verlo;
Tú que las noches te pasas
En las estrellas leyendo,
Para arrancar uno á uno
Al porvenir sus secretos;
Tú que en el estudio has visto
A un siglo encorvar tu cuerpo,
Llenar tu frente de surcos
Y de escarcha tus cabellos,

Dime si es cierto el horrible
Horóscopo que el funesto
Rey de Acolhuacán descubre
De tu ciencia en los misterios.»
El astrólogo, confuso,
Parece de mármol hecho,
Segun lo pálido y frio
Que está clavado en su puesto.
«Dí que mi primo se engaña,
Y te colmaré de obsequios,
Y te daré una hija mia
Para que te sirva, en premio.»
El sabio baja los ojos,
Con justa razon temiendo
La cólera soberana
Que oculta el rey con esfuerzo.
«Contesta, Xoloe, no temas.»
—«Si tu lo mandas......»
—«Lo quiero.»
—«Nezahualpilli no miente.»
—«¿Luego es la verdad?»
—«Es cierto.»
Al comprender Moteuczoma
Tan grande convencimiento,
En la áspera cabellera
Clava con furor sus dedos;

Y ardiendo en ira, se vuelve
Al otro, que no muy lejos
Está, en ademán sumiso,
Y es general de su ejército.
Y «de ese infame, le dice,
Préndele á la casa fuego,
Y manatiado al instante
Enciérralo de ella adentro;
Pasto sea de las llamas
Su torpe lengua y su cuerpo,
Y hasta las aguas del lago
Lleve su ceniza el viento.»
—«Gran señor, si tu lo mandas,
Gran señor yo soy tu siervo,
Clama el infeliz anciano
Irguiendo el sulcado cuello.
Si hallas placer en que muera,
Gózate, pues, obedezco;
Soy tu vasallo, y humilde
Tu majestad reverencio.
Pero antes oye: vacila
En tu débil mano el cetro,
Y pronto en ella otras gentes
Pedazos vendrán á hacerlo;

Caerás, sí...... yo te lo juro,
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y base son de tu Imperio.
Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento,
Sobre tí su aguda flecha
Será en lanzar el primero.»
Dijo: de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro,
Y tras un postrer saludo
Sale del recinto régio.



Quedó solo el rey, mirando
De una gran ventana el hueco,
Y vió al sol, y el sol poniente
Hundiéndose á paso lento
Entre rojizos nublados,
Como girones sangrientos,
Alumbró su largo rostro
Con moribundos reflejos.

ROMANCE II

Los Funerales.

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.
Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente gimen
Bajo las alas del aire.

Tenuchxtitlan aparece
Cubriendo su bella imágen
Con ese velo sombrío
Que precede á las catástrofes.
Hombres, niños y mujeres
Van en silencio las calles
Cruzando, con el dolor
Retratado en los semblantes;
Todos hácia Tlaltelolco
Se dirigen sin hablarse,
Como si á expresar su pena
Con los ojos les bastare.



Sobre una estera de palmas,
En dos almohadones grandes,
Duerme Papantzin el sueño
Ultimo de los mortales.
Era princesa viuda
De un general Totonaque,
A quien ella quiso mucho,
De quien no pudo olvidarse.

Y fué su pesar tan hondo
En tan aflictivo lance,
Que con la viudez llegaron
Padecimientos y achaques,
Sin que valieran remedios
Contra sus físicos males,
Que el daño estaba en el alma,
Y ésta no es fácil que sane.
En Tlaltelolco vivia,
Donde gobernaban antes
Ella y su esposo, y en donde
Gozó placeres fugaces;
Y allí fué donde la muerte
Vino á curar sus pesares,
Velando los tristes ojos
Que lloraron sin cansarse.
Hermana de Moteuczoma,
Fué cariñosa, y añaden
Que el monarca la queria
Como nunca quiso á nadie;
Por eso ofrece en persona
Presidir los funerales;
Y en el palacio mortuorio
Todos están esperándole;

Adentro, inmenso gentio
Que bulle por todas partes,
De nobles hembras y esclavas,
De plebeyos y de grandes;
Y afuera y en dobles filas,
Por los lados de la calle,
Más de cuatro mil guerreros
Vestidos con ricos trages,
Formados desda la puerta
Del palacio, hasta la base
De un elevado edicio,
Que era el Teocali mas grande.
Todos con harta impaciencia
Anhelan que el rey no tarde,
Aunque por la hora presumen
Que no estará muy distante.



Llega por fin Moteuczoma
Y de una litera bájase,
De dolor intenso dando
Inequívocas señales.

Lleva un xuihtilmatli[1] airoso
Bordado con plumas de ave
Blancas y negras y azules,
Como las alas del ánade.
Cubre su augusta cabeza
El copilli[2] hecho con arte,
De sutiles hojas de oro
Salpicadas de diamantes,
Al través del cual se miran,
En el cabello trenzarse,
De Quachichtin y de Ocelo
Las órdenes militares.
Y tiene los piés calzados
Con zuelas de oro brillante,
Sujetas con trenzas de hilo
De plata y piedras que valen.
Viene con su corte toda
Y un séquito inmenso trae
De príncipes y señores
Tributarios principales.
Y llegan en pos, y llegan
En órden, segun sus clases,
Ministros y mayordomos,
Bufones, criados y pages.

1 Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.
2 Corona, especie de mitra pequeña.

Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.



Cuando apenas del palacio
Llegó el rey á los umbrales,
Por la gran puerta salia
De la princesa el cadáver.
En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trages
Hechos con labores finas
De algodon de rica clase.
Iba cubierta de joyas
De plata y oro con jaspes
De abrillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,
Y suspendida del labio
Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubria el semblante.

Precedian al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.
Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.
Iba el monarca en seguida,
Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocase;
Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De tilmatlis [1] y cimeras
Yelmos, armas y collares;
Despues la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que gimen sin consolarse.
Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los Teopixquis [2] que entonaban
Las cántigas funerales.

1 Traje de los mexicanos.
2 Sacerdotes.

Así en procesion llegaron
Al atrio del templo grande,
Donde en presencia de todos
Y junto al mismo cadáver
Sacrificaron á muchos
Que eran sus esclavos antes,
Y al capellan que atizaba
La lumbre de sus altares.
Terminada ya la horrible
Ceremonia, que complace
A un pueblo que mas parece
De tígres que de salvajes,
Desanda el mismo sendero
La procesion, sin turbarse
En nada el órden seguido;
Y sin que en su alma llevasen
Un eco los concurrentes,
De los lastimeros ayes
Con que las puertas del templo
Estremecieron los mártires,
Cuyos cuerpos comenzaban,
Tintos en caliente sangre,
A rechinar en la hoguera,
Pasto de llamas voraces.

Hay en el mismo palacio,
Y cultivado con arte,
Lindo jardin que un arroyo
Riega con mansos cristales;
Le forman verdes murallas,
Cien ahuehuetes gigantes,
Y acequías lo defienden
Y cercan por todas partes.
Brindan esencia á las auras
Y regocijo á las aves,
Flores de exquisito aroma
Y de variados esmaltes;
Y en un extremo hay un bosque
Cuyas ramas colosales
Se cruzan sobre una cueva
Do apenas circula el aire,
Y de esta cueva no lejos,
Rodeado de tiernos árboles,
Un estanque trasparente
De clara linfa hace alarde,
En donde Papantzin iba
Frecuentamente á bañarse,
Cuando su velo de sombras
Pálidas tendia la tarde;

O, si el tiempo estaba frio,
Sobre su borde á sentarse,
Para gozar de las flores
Que crecen en los arriates,
A respirar el aroma
Que de ellas el aura trae,
Y á buscar en sus recuerdos
Un consuelo á sus pesares.



Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,
E introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
Cubrieron la negra boca
Con unos delgados mármoles.



ROMANCE III

La Revelacion.

En un gran salon oblongo,
El mismo en que daba audiencia,
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa:
Era esta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.

De barro del de Cholollan
Sobre ella, exquisita y nueva,
Una costosa vajilla
Su rara labor ostenta,
Y en una copa de oro
Cincelada con destreza,
Que luce finos engastes
De conchas del mar y perlas,
Cubierto de espuma hirviente
Que su calidad revela,
Un chocolatl que perfuman
Varias olorosas yerbas,
Cautiva al rey que lo toma
Con un pan que le deleita,
Hecho de harina amasada
En blanca miel y con yemas.
Le acompañan sus ministros,
Cuatro mujeres muy bellas,
Y Tapia su mayordomo,
De la flor de la nobleza.
Estos son únicamente
Quienes presencian su cena,
Que á mas de ellos, para todos
Están cerradas las puertas.



El monarca aquella tarde
De contento daba muestras;
Que nunca el placer se puede
Ocultar, cual la tristeza.
Estaba locuaz, festivo,
Y en contra de lo que cuentan
De la ruina de su imperio,
Desata mordaz la lengua;
« En vano los que consultan
—Decia—allá en las estrellas,
Intentan amedrentarme
Con proféticas sentencias.
Esta vez Nezahualpili
Es innegable que yerra,
Y que su genio extravía
Por los campos de la ciencia.
Delira.... mas no me asusta....—
¡Que rey de Acolhuan no fuera!—
Como el otro, entre las llamas
Me pagaria su ofensa.—

Él desazona á mis huestes
Que con sus augurios tiemblan;
Solo yo me burlo de ellos,
Solo yo los menosprecia.»
Y al decir esto, reia
Con carcajadas históricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;
Como aquel que aliento y bríos
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.



Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ugier desempeña,
El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Despues de tres reverencias:

« El Señor rey de Tescuco,
Nezahualpili, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia.»
Oyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;
Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tescuco, ordena.



Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,
Y el Tescucano su objeto
Expresó de esta manera:
«Señor, tu hermana Papantzin
A quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque
Que está de su tumba cerca,

Salió esta tarde á gozar
De la suave brisa fresca,
Placer que le agrada mucho,
Antiguo y genial en ella.
A los ojos de una niña
Que entre las flores traviesa,
Brincando pasa las tardes,
Como siempre se presenta:
Papantzin la llama, dulce
Las tiernas mejillas besa,
Y con blanda voz, que avise
Al mayordomo le ruega:
La esposa de éste, á la súplica
Infantil, al sitio vuela;
Y desvanecida cae
Al ver allí á la princesa.
La niña llora; á sus gritos
Innúmera gente llega,
Que con asombro indecible
Tan gran prodigio contempla.
Tu hermana á todos les habla,
Les convence y les consuela,
Y que me llamen les pide
A los que allí la rodean.

Yo la he visto, y en su nombre
Te suplico, que sin tregua,
A Tlaltelolco te llegues
Que en su palacio te espera.»
Dice así Nezahualpili,
Y Moteuczoma, que apenas
Puede respirar, se oprime
La vacilante cabeza.
El corazon se le salta
Y en rudos vuelcos golpea
El débil pecho angustiado,
Que es para él cárcel estrecha.
Hasta que al fin entreabriendo
La boca que nieve alienta,
Con entrecortadas frases
Y mal combinadas señas,
Ordena al ugier que al punto
Le acerquen la ancha litera,
En la cual, á poco rato,
Con el rey su primo entra,
Y al palacio se dirige,
Donde su hermana lo espera,
Por el temor dominado
A la par que de impaciencia.



En un banco de agalloco [1]
Con albas talas cubierta,
Está Papantzin sentada
Muy pálida, aunque serena.
Ocho esclavas la acarician,
Que lloran de gozo al verla,
Y del xochiocotzotl [2] grande
Preciosa resina queman;
Humo que en loor de los dioses
Sencillas cántigas lleva,
Por el favor que reciben
Y por el bien que les prestan.
Que su hermano niegue el hecho
Teme la noble princesa,
Y otra segunda embajada
A dirigirle se apresta,
Cuando oye ruido de pasos
Y ve á Moteuczoma que entra;
Moteuczoma, que al mirarla
Como una estátua se queda.

1 Aloe.
2 Liquidambar.

¡Era cierto! de la duda
No lo envuelven las tinieblas,
Y tal milagro patente
Ante sus ojos se muestra.
—«Ayer la enterré»—murmura
El rey con faz descompuesta,
Y se desploma en un banco
Que dos mujeres le acercan.
Sepulcral es el silencio
Que en la ancha cámara reina,
Y á que hable Papantzin todos
Los circunstantes esperan;
Quien arreglando su trage,
Despues de pedir la venia,
Con voz débil y argentina,
Así su relato empieza:

«Señor, cuando en los brazos de los mios
Dejé de respirar, tal vez no muerta,
Falta sí de sentido, halléme sola,
Sola y en medio de llanura extensa.

Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna
Miraba en su extension árida y seca;
Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.
Solo y cerca del sitio en que yo estaba
Iba arrastrando su corriente inmensa
Un caudaloso rio cuyas olas
Unas tras otras con fragor estrella.
Al espantoso ruido que llevaba,
Sentí helarse la sangre de mis venas,
Y á cruzar una fuerza me impelia
La mole de sus ondas verdinegras.
Resuelta estaba ya, mi pié desnudo
Tocaba el agua con la planta inquieta,
Cuando sentí una mano sobre el hombro,
Y un acento escuché que dijo: «espera.»
Alcé la vista, y á los ojos mios
Apareció un doncel, de forma esbelta,
Vestido con un trage reluciente,
Como la blanca luz de las estrellas.
Sostenido en el aire parecia
El tlauquechol que majestuoso vuela
Con dos alas de plumas vaporosas,
Sonrosadas, flotantes y ligeras.

«Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo
De que intentes ganar la orilla opuesta;
Hay un Dios que te quiere y te conoce,
Y por eso á la fin serás su sierva.

«De allí el gallardo jóven me condujo
Caminando por la húmeda ribera,
En donde ví esparcidos muchos huesos,
Y pálidas y humanas calaveras.

Y á escuchar comencé tristes gemidos
Que el pecho me rasgaban con fiereza,
Punzando cada poro de mi cuerpo
Un espantoso frio que aun me hiela.

Torné luego á mirar hácia las olas,
Y sobre el filo de sus blancas crestas,
Unas barcas enormes navegando
A mi asombrada vista se presentan.

Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
De distinto vestir de nuestra tierra,
Con escamas de plata sobre el busto,
Y yelmos de metal en la cabeza,

Los ví con estandartes en las manos,
De blanco cútis y mirada fiera,
Teñidas las mejillas de achiote,
Con labios de coral y barbas negras.

Entonces el doncel que sonreia
Del profundo estupor de que era presa,
Mirándome con ojos compasivos,
A hablarme comenzó de esta manera:
«Dios quiere que en el mundo todavía
Arrastres largo tiempo tu cadena,
Y de grandes revueltas y batallas
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.
Los gemidos tristísimos que oiste
De este rio en las márgenes desiertas,
Son ayes del dolor de tus mayores
Que sufren cruda, perennal condena.
Son los gritos de angustia que provocan
Las culpas infinitas del que yerra;
Las culpas que en el alma se castigan
Con horribles tormentos que no cesan.
Y esos hombres que llegan en la barca,
A tu patria infeliz traen la guerra;
Y dueños y señores absolutos,
Con las armas, al fin, serán de ella:
Publicarán con su victoria el nombre
Del Hacedor del cielo y de la tierra,
Y arrojarán los ídolos de barro
Donde la luz del sol nunca penetra.

Y cuando el baño santo se promulgue,
Serás en recibirlo la primera;
Para que á los demas de ejemplo sirvas
Con ritos nuevos y oraciones nuevas.»

Al decir estas palabras
Envuelto entre nubes densas,
Desapareció el mancebo
Arrebatado por ellas.
Sentí en mi pecho la vida,
Sentí renacer mis fuerzas,
Y del recinto sombrío
Saqué la planta ligera;
De mi tumba á leve impulso
Cayó la delgada piedra......
Lo demas, ya tú lo sabes,
Gran Señor, haz lo que quieras.»



Cayó Papantzin; atónito
El gran Moteuczoma queda,
Y ni una sílaba escasa
Puede articular su lengua.
La blanda silla abandona,
Nublada la frente régia,
Dando en el rostro señales
De lo que en su pecho lleva.
Que hay sensaciones tan hondas
Que no en frases se revelan,
Que pesan tanto en el alma
Que dentro el alma se quedan.
Salió sin mirar á nadie,
De casa de la princesa,
Y retiróse á un palacio
Que triste y de luto era,
Donde pasó largos dias
Y largas noches inquietas,
A acerbo ayuno entregado
Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

ROMANCE I

La Recepcion.

Entre un mar surcado apenas
Y un mundo desconocido,
Hernan Cortés, temerario,
Manda quemar sus navíos.
Un puñado de valientes
Contempla tanto heróismo,
Y cada cual se propone
Volver al suelo nativo;

Tornar á la patria un dia,
Pero de la patria digno,
O perecer en la lucha
Si no puede conseguirlo.
Arden las barcas, y el fuego
Alumbra el mar cristalino
Reflejándose en las nubes
Con brillante colorido,
Como una aurora de gloria
Que anuncia, tras de un martirio
Largo y penoso, felices
Años en ventura ricos.
Y que los nombres de aquellos
Soldados esclarecidos,
Vivirán eternamente
Por los siglos de los siglos.



Viniendo de Ixtapalapan,
Pasado Mexicaltzingo,
Coyohuacan y Mixcoac,
En un punto en que el camino

Se parte en dos, se detuvo
Aquel ilustre caudillo
Que un mundo arrojó valiente
A los piés de Cárlos quinto.
Hernan Cortés, rodeado
De un ejército mezquino
En número, pero grande
Por lo bravo y aguerrido,
Recibió los parabienes
De dos mil guerreros indios,
Que en nombre de su monarca
Salieron á recibirlo.
Todos esmeradamente
Alhajados y vestidos,
Pasaron ante sus ojos
Humillándose sumisos,
Tocando la tierra, y luego
Besándose al punto mismo
Las manos, que entre ellos era
La ceremonia de estilo.
Terminado este aparato,
Siguió su marcha el altivo
General, y á media legua
De México tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac
Ir á su encuentro ha querido,
Para rendirle homenaje
Y admiracion, de que es digno
Hombre que así se rodea
De tal fama, y tal prestigio
Ha conquistado en sus vastos
Y poderosos dominios.



En una litera hermosa,
De cedro en labores rico,
Y reforzado con planchas
De plata y oro bruñido,
Bajo un parasol que forman
Cuatro abiertos abanicos
De plumas rojas y verdes
Sujetas con blancos hilos,
Que en el vértice, entre piedras
Que roban al sol su brillo,
Tiene una águila afianzando
Negra culebra en el pico,

Apareció el rey de Anáhuac
Con aire grave y tranquilo,
Sofocando de su pecho
El tumultuoso latido.
Más de doscientos señores
Profusamente vestidos,
Pero descalzos y andando
Por los lados del camino,
De respeto en señal, iban
De tres nobles precedidos
Que llevaban en las manos
Tres barras de oro esculpido;
De la majestad presente
Para el pueblo claro indicio,
Pueblo que á su rey seguia
Sin penetrar sus designios,
Como su rey temeroso,
Y como un rey abatido,
Y enclavados en el suelo
Los húmedos ojos fijos.



Cuando cerca uno del otro
Aquellos dos enemigos,
(Que tal vez nunca lo fueron
Segun parece en los libros),
Se avistaron, un instante
Hirvió confuso el gentío,
Cada cual buscando ansioso
Mejor puesto y mejor sitio;
Y aztecas y castellanos
Admiraron su atavío,
En tanto se detuvieron
El rey y el soldado ínclito.
Del brindon bajóse el uno
Con muestras de regocijo,
Y de la litera el otro
Con el semblante tranquilo;
Dejando mirar empero,
En sus ojos, repentino
Pavor que tras de los párpados
Procura esconder solícito.
Que al ver tan de cerca al hombre,
Héroe de tantos prodigios,
Siente á su pesar que eriza
Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas
Y le zumba en los oidos
Con acento pavoroso
La voz de sus adivinos.
Y de Papantzin se acuerda,
Papantzin que en el recinto
De Tlaltelolco, aun asusta
A los que muerta la han visto;
Papantzin, que vive sola,
Y que absorta en su retiro
Ve realizado el sueño
Que le embargó los sentidos.



Cortés ante Moteuczoma,
Gallardo, aunque conmovido,
Hizo un saludo profundo,
Y el monarca hace lo mismo;
Cortés le cuelga en el cuello
De grandes cuentas de vidrio
Un engarzado rosario
Que desde Europa ha traido,

E intenta abrazarlo, pero
Se le oponen los ministros;
Que fuera gran desacato
Esa muestra de cariño.

¡Quién entonces les dijera!
¡Ay, quién les hubiera dicho
Que ha de sujetarlo un dia,
No con los brazos amigos,

Sino en oscuro aposento,
Con eslabonados grillos!....
¡Quién entónces lo dijera!
¡Quién se los hubiera dicho!....

El monarca con los ojos
Le dió las gracias al ínclito
Español, por esa muestra
De afecto no permitido.

Y recompensa, rïendo,
Al obsequioso caudillo,
Con dos collares de nácar
Hechos con gusto exquisito,

Del cual pendian algunos
Cangrejos de oro macizo,
Del natural imitando
Las formas y el colorido.

Despues de breves arengas,
En que se dieron recíprocos
Parabienes por la honra
Que al mirarse han recibido,
Se separaron entrambos
Tomando rumbo distinto,
El uno asaz caviloso
Y el otro asaz pensativo.
El rey, para dirigirse
Vía á su alcazar, seguido
De sus nobles y guerreros
Que le acompañan mohinos;
Y Cortés con Cuitlahuatzin
Del rey hermano querido;
Y que con los españoles
Desde Ixtapalapan vino,
Hácia un cercano palacio,
Murado y fuerte edificio
Que supo admirar cual siempre
Por lo grande y por lo limpio,
Y al cual entró con sus tropas,
Como ellas envanecido,
En medio de un populacho
Que el aire aturde con gritos.

ROMANCE II

La Prision.

Cortés estuvo seis lunas
En México, temeroso
De traiciones y celadas,
Que eran en número corto
Sus tropas, y bien podia
El rey, si cambia de modo
De pensar, en un momento
Exterminarlos á todos.

Y un pensamiento concibe
Que por lo atrevido, loco
Parecióle algunas horas
A su espíritu coloso;
Pero consultando luego
Con sus capitanes doctos,
Se obstina más en su idea,
Que en ellos encuentra apoyo,
Y resuelve apoderarse
De Moteuczoma, que es solo
El medio de estar seguro
En lugar tan peligroso.
Y va con sus compañeros
Alvarado, Ordaz, y otros,
Y con Marina, la india,
Que era el imán de sus ojos,
A palacio, y pide audiencia,
Y obteniéndola, animosos
Invaden la régia estancia
A poner su plan en logro;
Plan gigantesco que puede
De agudo delirio, aborto
Parecer.... empero tuvo
Término breve y famoso.

Cortés despliega el primero
Los labios, y en su socorro
Llamando á toda su astucia,
Comenzó á hablar de este modo:

—«Vengo, gran rey, á decirte
Que tu vasallo el odioso
Señor de Nauhtlan (funesta
Nueva que adquirí hace poco),

Sé que hostiliza á los mios
En Veracruz, y que ha roto
El juramento sagrado
Que en tu nombre hizo á nosotros,

Matando á Escalante, gefe
Denodado y valeroso
Que pereció batallando,
A quien como hermano lloro.

Y pues que de tal suceso
Te dan por autor, no á otro,
Queriendo á mi soberano
Cuenta cumplida dar pronto

Y satisfaccion bastante
De un agravio tan notorio,
Vengo á saber tus disculpas,
Y si por buenas las tomo.»

Al escuchar tales frases,
Se alza el rey; miedo y enojo
Pinta en su faz, y bajando
Dos escalones del solio:
—«Mis enemigos te engañan,»
Dice al fin con agrio tono:
«Yo á mi palabra no falto,
Y aquel atentado ignoro;
Y si es el Señor de Nauhtlan
Culpable, yo te respondo
De que será castigado
Como cumpla á mi decoro.»
—«No dudo, replica el héroe,
Que la calumnia á tu rostro
Pretenda lanzar, inícua,
Negro baldon afrentoso;
Por lo mismo yo pretendo,
Para que conozcan todos
La estimacion que nos tienes,
De perfidia sin asomo,
Y para que el rey mi amo
Se satisfaga del todo,
Que vengas á mis cuarteles
A vivir entre nosotros.»

Dos mas escalones baja
Moteuczoma, y clava absorto
En Hernan Cortés, abiertos
Enormemente los ojos.

—Y ¿cómo quieres, le dice,
Que sin degradarme, cómo,
Me deje prender, hundiendo
Mi dignidad entre el lodo?

Y si consiento, ¿tú crees
Que abandonado á mí propio
Me dejáran mis vasallos
Prisionero entre vosotros?

Nada contendrá el torrente
De su furia y de su encono,
Y ayudados de los dioses
Volarán en mi socorro!»

El español con acento
Seguro y con gran aplomo,
Atusándose el bigote,
Le contesta de este modo:

—«¿Por qué ha de extrañar tu pueblo
Que nos des un testimonio
De amistad? Si en mis cuarteles
Vivió tu padre el glorioso

Axayacatl, es muy justo
Que bajo el techo que mozo
Te dió abrigo, determines
Buscar tanquilo reposo;
Dando además una prueba
A tus pueblos numerosos,
Del afecto que nos guardas
Del corazon en el fondo.
Mas si es que intentan los tuyos
Algo contra mí, no somos
Débiles mujeres míseras
Sin amparo y sin apoyo;
Armas tengo y brazos fuertes
Y proyectiles de plomo,
Y ¡vive Dios! que con ellos
Sabré castigar su arrojo.»
Con faz color de ceniza
El rey escuchaba atónito,
Brotando sudor la frente
Por cada uno de sus poros;
Y la vista revolviendo
Con grandes muestras de asombro,
La posa al fin en Marina
Interrogándole absorto.

En este momento uno
De los capitanes, rojo
De cólera, y del buen éxito
De la empresa temeroso,
Mirando que el rey vacila
Y que su miedo es notorio,
Dirigiéndose á su gefe
Clama con acento ronco:
—«Séllense ya nuestros labios,
Válganos la fuerza solo,
O que aquí pierda la vida
Si nos conoce tan poco.»
Y dando claras señales
De brío, con aire torvo
Golpeó la acerada diestra
Del espadin en el pomo.
Torna el rey mas azorado,
Mas pálido y tembloroso,
A interrogar á Marina
Con los rayos de sus ojos,
Y esta le dice que acceda
A lo que piden, gustoso;
Que aquellos hombres son tercos
Y están resueltos á todo.

Que acceda, y será tratado
Como cumple á su decoro,
Que en ello le iba la vida;
Que se resolviese pronto.
Y cedió bajo el impulso
De un terror supersticioso
Que ha tiempo le han sugerido
Papantzin y los astrólogos.
Juzgó ya llegado el tiempo
De bajar del alto solio,
Cumpliendo con el mandato
De los dioses poderosos.



En litera y con la guardia
De sus nobles, salió á poco,
Y al cuartel del castellano
Llegó conducido en hombros;
Y en un oscuro aposento,
Despues de quedarse solo,
Dejó que corriera el llanto
Por sus mejillas, copioso.

ROMANCE III

El Combate.

Cortés partió á Cempoala
Donde estaba rebelado
Contra él Pánfilo Narvaez
Con ochocientos soldados;
Y Moteuczoma cautivo
Queda en el ibero campo
Bajo la ruda custodia
Del capitan Alvarado.

Vencido quedó Narvaez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á México orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.

Turbóse, empero, el contento
De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos
En grave apuro alarmados;

Pues halló que los guerreros
Y los nobles mexicanos,
Sufrir mas tiempo no quieren
La prision del soberano;

Y halló que disperso en masas
Hierve atroz el populacho,
En azoteas y torres
Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza,
No sin perjuicio y estragos,
El proyectil de sus hondas
Y el golpe aleve del dardo!

Combates hay dia á dia
En las plazas y en los atrios,
Y arroyos zanjan las calles
De sangre roja de bravos.

En su encierro Moteuczoma,
Desde un balcon enrejado,
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;
Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo,
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.
Y.... ¡qué tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole al sueño dulce
La grata paz y el descanso!



De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea mas alta
De su prision, rodeado
De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
A quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años.

Apareció Moteuczoma
A su pueblo alborotado,
Cuando en lucha formidable
Aztecas y castellanos,
Entre alaridos de muerte
Y cantares de entusiasmo,
Pelean con noble brío
Y con denuedo bizarro;
Cuando hispana artillería
Fuego vomita y espanto,
Muerte y exterminio cunde
Poblando de humo el espacio.
Al ver al rey, cesa todo,
Dóblanse frentes y manos,
Y un hondo silencio reina
Sin que ose nadie turbarlo.
Entonces se oye el acento
Solemne, sonoro y claro
Del monarca que un instante
Pudo mandar á sus labios,
Y exclamó:—¡Súbditos mios,
Nobles guerreros! si acaso
Por afecto á mi persona
Armásteis el fuerte brazo,

Y hostilizais á esos hombres,
Sabed que son mis aliados,
Y que en su cuartel gustoso
Entre ellos la vida paso;
Os agradezco el cariño
Que me mostrais, y lo guardo,
Y yo sabré dignamente
Cual corresponde, premiarlo.
Si provoca vuestra cólera
Que el tiempo se haga ya largo
De su mansion en mi reino,
Pronto habrán de abandonarlo,
Pues que me lo han prometido
Y su palabra me han dado,
Y cumplirán lo que ofrecen,
Que son valientes é hidalgos.
Cese así, pues, vuestro encono
Y dejad de hostilizarlos,
Y demostrad que sois fieles
Al señor que habeis jurado
Ciega obediencia; cayendo
Si osais hacer lo contrario,
La cólera en vuestras frentes,
De los dioses irritados.»

En silencio aun mas profundo
Los guerreros aztecanos
Quedáronse sumergidos,
Pero solo un breve rato;
Pues cual suele en la espesura
Del monte escucharse airado
El ronco rugir del mixtli [1]
Que á su hambre no encuentra pasto,
Así se oye la voz ruda
De Quauhtemotzin, que alzando
Con brazo nervudo y fiero
La visera de su casco;
Cubierto de sangre y lodo,
Y sus miradas fijando
En el augusto semblante,
Clama con acento áspero:
—«¿Y tú eres el que nos hablas
De esa manera, menguado?
¿Tú el que baldonas mi extirpe
De nobles antepasados?
¿Tú el cobarde, tú el que vendes
La patria á viles extraños,
Y el que por miedo se entrega
Prisionero entre sus manos?

1 Leon.

Deja que corra la sangre,
Si no has sabido evitarlo,
Y el débil huso y la rueca
Maneja torpe entretanto,
Que mientras hilas tranquilo,
Aquí la muerte esperamos,
Y moriremos con honra
Los que nacimos honrados.»
Y diciendo estas palabras
Asió tembloroso el arco,
Del cual contra el rey al punto
Partió una flecha silbando.
Como las aguas del rio
Al encontrar á su paso
Cortada á pico, en las cumbres,
La pendiente de un barranco,
Con ímpetu se desbordan
Ondas tras ondas, rodando
Sin que la corriente pueda
Detener el curso raudo,
Así las hirvientes olas
De aquel atroz populacho,
De Quauhtemotzin al punto
El torpe ejemplo imitando,

Se precipitan furiosas
Contra su rey indignado;
Y de improperios y piedras
Puebla al instante el espacio.
Y aunque el noble Moteuczoma,
De dos rodelas armado,
Quiere defender el cuerpo
Del furor de sus vasallos,
Recibe en la augusta frente
Un golpe de honda, y airado,
Al descubrirse, le clavan
Aguda flecha en un brazo....
Se baña en su sangre, cae,
De furia y de rabia pálido,
Y en hombros de sus ministros
Es conducido á su cuarto.



¡Cunde la horrible noticia;
Tiembla el valor castellano;
El pueblo grita entusiasta
Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

El Delirio.

Un solo instante aparece
Tras de los montes la luna,
Y el viento en torno á su frente
Torvo nublado acumula.
Ni un astro errante en el cielo
Con pálida luz fulgura,
Y algo de fúnebre y triste
La creacion entera anuncia.

Ruje el aquilon. La noche
Con densa, impalpable bruma,
Ciudades, valles, montañas,
En la lobreguez sepulta;
Y en el cuartel castellano
Como siniestras y mudas
Fantasmas, los caballeros
Por los corredores cruzan.
Algunos de ellos sombríos
Un triste lecho circundan
En una estancia pequeña
Que tétrica luz alumbra.



Sobre una estera de iczotl[1]
De fino algodon y plumas,
El infeliz Moteuczoma
Delira con faz difunta.
Contra su pueblo insolente
Imprecaciones murmura,
Y nada mas que á su pueblo
Su horrenda desgracia imputa.

1 Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen, aun hoy dia, finas esteras.

Siéntase de pronto atónito
Sobre el lecho; se espeluzna,
Y vé á Xoloe entre llamas
Y entre torcidas columnas
De humo denso, que le grita
Y que lo llena de injurias;
Y lo escarnece, riendo,
Y de su dolor se burla.
—«Ya lo ves, Xoloe le dice,
Cuán bárbara y cuán injusta
Fué tu sentencia; ya miras
Que mi prediccion te abruma.»
Y rie Xoloe; las llamas
Por doquiera lo circundan,
Y el duro arteson quemado
Sobre él, al fin, se derrumba
Con grande estrépido. Oye
El rey un grito de furia,
Que más que los aquilones
Fiero en sus oidos zumba,
Y una imprecacion satánica
Que se pierde en la confusa
Niebla de la triste noche,
Como su conciencia, oscura.

Postrado en el lecho cae,
De frio sudor la adusta
Frente cubierta, y abriendo
Los ojos, el agua busca,
La bebe y con torpe mano,
Flaca, pálida y convulsa,
Quiere arrancar de su mente
Las visiones que la turban.
En vano; la pesadilla
Vuelve, y otra, y otras muchas,
Sin que hallen término dulce
Las penas que le atribulan.
Y el treinta del mes Junio
De quinientos veinte, á la una
De la noche, dejó el mundo
Del cual no gozára nunca.
Fué grande y fué poderoso,
Y justiciero; lo juzga
Así la historia, aunque hay álguien
Que de inhumano lo acusa.
Acaso; pero si injusto
Fué, en situaciones algunas,
Tambien era con su suerte
Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna
Y un instante no tributa
Triste homenaje á la ira
Que la razon sana ofusca?
¿Quién, al llegar á las puertas
De esa mansion que es la última,
No siente el pecho culpable
Con fiero aguijon que punza?....



Cortés y sus capitanes,
Al ver con pena profunda,
Con las sombras de la muerte
Velarse la frente augusta,
Lloraron fin tan siniestro,
Y fué aquel llanto la única
Ofrenda al régio cadáver,
Sobre el polvo de la tumba.



EL ÚLTIMO AZTECA

Á LA MEMORIA DE MI PADRE EL SR. LIC. D. JUAN PEON Y CANO.

ROMANCE I

El Sitio.

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
Diezmados por Cuitlahuatzin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anahuac tan funesto,

A Tenuchtitlan con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anochecer de un dia
Le pone el último cerco.
Suena el tambor del Teocalli
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:
«Guerra», difunden los aires,
«Guerra», repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.
Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.
El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;
Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.



¡Gloriosos dias de luto!
¡Gloriosos dias aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!
La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;
Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mexicanos
Lidiar y morir con ellos!



Avanzan lentos los dias
Y lento avanza el asedio;
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.

El astro azteca se eclipsa
Envuelto en fúnebres velos,
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.
La tierra se ha convertido
En un panteon inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.
Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando á sus hijos
Piden la muerte á los cielos.
Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros,
Cruzan las calles inmundas,
Sombríos y macilentos.
Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
A los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.



Se difunda hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.
Cortés, tan grande heróismo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.
Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La Capital de su reino.
Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo,
Rechaza ofertas que juzga
Por deshonrosos convenios;
Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.
Con el Cihuacoatl le envía
A decir que está resuelto
A sucumbir en la lucha
Sin aceder á sus ruegos;

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.



ROMANCE II

La Prision.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.
Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nacion infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadron formidable;
Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el embate.
No abandona sus trincheras
Mas que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.
Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chia
Siega la hoz incansable,
A la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,
Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.



Comprende al cabo el monarca,
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,
Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren
Víctimas serán del hambre.
Con Tecuichpotzin su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoge á débil piragüa,
Presa el alma de coraje,
Y al puerto de Tlaltelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.



Cruzando van por el lago
Como vandadas de aves,
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,

Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.
Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exíguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen
Impide á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan solo, fian
Sus vidas y sus caudales.



Cuauhtemotzin llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.
Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragüa la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.
Pero García de Holguin,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.
Entonces el rey, del fondo
De su embarcacion alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;
De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.
Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguin con voz grave:
«Soy tu prisionero; solo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,
Su condicion y su clase.»

Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.



ROMANCE III

La Entrevista.

Algunas horas mas tarde,
En una grande azotea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,

A su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.
Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega
A su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.
«Malitzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblò en defensa;
Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aun me niegan:
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras.»
Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal, «ó con esa
Arma quítame la vida,
Que es para mí tan molesta,»
Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.

Entonces el Castellano
Le dice afable: «No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.
Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas.»
Luego del rey se despide,
Que lo traten bien, ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.
Y.... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas:
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!



ROMANCE IV

El Tormento.

¡No hay botin! la soldadesca
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Despues de tantos reveses.
Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlan desparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.
¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso oriente?
Murmuran los españoles,
Y murmuran de su gefe,
Que á Cuauthemotzin no obliga
A que declare ó revele
En dónde guarda la tierra,
Dónde sepultados tiene
Los podigiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.



Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete;

Hasta que á su oido llegan
Viles rumores que ofenden
A su honor, y su decoro
En lo mas sensible hieren.

Entonces, y en mala hora.
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede;

Y entregar al rey dispone
A la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,

Ser que de avaros instintos,
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica gente,

Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.



Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
A la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.
El arcángel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.
Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.
Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos desciende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.
Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.
Empero en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crímen
Se prepara lentamente.



En una estancia pequeña,
A la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;
Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.
Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están centados tres jueces;
Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,
Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene
La puerta oculta, y á un patio
Dá segun lo que parece,

Pues de vez en cuando el aire
A bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,
Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.



Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.
A interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.
Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crueles,
De la enérgica entereza
De su victima inocente,
Se apoderan de ella al punto,
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
A la espalda fuertemente;
Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos piés le bañan
Con resina y con aceite;
Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.



El cacique de Tlacopan,
A quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.

Cuauthemotzin, que sin calma
Le escucha, el semblante vuelve
Hácia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende:
«¿Piensas que estoy en un baño
O entregado á algun deleite?»
Le dice, y su labio frio
Como en antes enmudece.
¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!



Llega á Cortés la noticia
De la obstinacion del héroe,
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;
Y reflexionando, acaso,
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.



ROMANCE V

El Suplicio.

Marcha Córtés para Honduras,
Donde Olid se le revela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.
Lleva con él una parte
De la legion Tlaxcalteca
Y á Cuauthemotzin con otros
Tambien prisioneros, lleva.

Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aún en su Imperio conserva.



Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlan se aleja.
Al llegar á sus confines
Torna la vista hácia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.
Acaso un presentimiento
En su corazon se alberga,
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver á verla.
El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.
Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.
Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.
¡Pero ellas acaso un dia
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!
¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolacion contempla!
Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la agena.
Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra....
Y allí no ha de volver nunca....
¡Nunca! para recogerla.
Todo eso en un breve punto
A sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,
Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.



A la provincia de Aculam,
Despues de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.

En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuracion, ya sus redes
Extiende entre los aztecas.
Que es Cuathemotzin el gefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.
Temeroso el castellano,
Dá la noticia por cierta;
Al régio cautivo juzga,
Y á la muerte lo condena.



Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega
El sol sus rayos de oro
Y su esplendor á la esfera.
Dispersas al pié de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos
Aun las fogatas humean.

Sobre la tienda mas alta
El pendon de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírgenes selvas;
Pendon que del mundo todo
Soberbio se enseñorea,
Lástima es que sus colores
Un instante se oscurezcan.
Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube á la horca á perderla.
A la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceiba;
Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.
Mas de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
A Cuauthemotzin esperan.



Al fin, aparece el reo,
Y su noble faz risueña,
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.
Y mirando allí á Cortés,
Que á duras penas sujeta
El inestimable brío
De un yegua cordobesa,
A él se dirige, y con calma
Sus promesas le recuerda,
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.
Se queja, mas no le pide
Perdon, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.
«De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta.»

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.
Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregon; el verdugo
Del monarca se apodera;
Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

FIN

INDICE.

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO.

PAG.

Romance I.—Ixtlilxochitl—El proscrito........................ 5
„ II.—El ensueño.. 15
„ III.—Nanche.. 29
„ IV.—La hospitalidad..................................... 37
„ V.—La emboscada.. 51
„ VI.—Nezahualxochitl..................................... 59
„ VII.—La muerte del tirano............................... 67

TEZCOTZINCO.

Romance I... 73
„ II.. 80

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

Romance I... 85
„ II.. 89
„ III... 95
„ IV.. 99

TLAHUICOLE.

PAG.

Romance I.—El prisionero.......... 103
„ II.—La órden.......... 113
„ III.—El suplicio.......... 117

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

Primera Parte.

Romance I.—El astrólogo.......... 124
„ II.—Los funerales.......... 133
„ III.—La revelacion.......... 143

Segunda Parte.

Romance I.—La recepcion.......... 157
„ II.—La prision.......... 167
„ III.—El combate.......... 173
„ IV.—El delirio.......... 183

EL ULTIMO AZTECA.

Romance I.—El sitio.......... 189
„ II.—La prision.......... 195
„ III.—La entrevista.......... 201
„ IV.—El tormento.......... 205
„ V.—El suplicio.......... 215